

Conversación 35
LA PREDICACION DE LA SOBERBIA

Bogotá, 26 de agosto.

Ciudad ésta bella y cordial, situada sobre montañas, fresca, en ella el ocio no causa, remordimientos y el pensar no fatiga. En un atardecer, paseando Por una calle larga, estrecha y solitaria, desemboqué imprevistamente en una amplia plaza, en forma de triángulo isósceles, llena de verdor. En el costado base, el más largo, se alzaba un edificio grande en el que reconocí, al cabo de algunos momentos de incertidumbre, una iglesia, pero una iglesia completamente diferente de las que había visto en el resto del mundo.

Ostentaba una fachada altísima, cuadrada, sin ventanas ni aberturas de ninguna especie. El centro de ese enorme cuadrado de piedra grisácea estaba ocupado por un Cristo hecho en mosaico, que con las espinas de la corona, alcanzaba a 1~. Parte superior de la fachada. No estaba suspendido en una cruz, como se le ve casi siempre, sino que con sus dos brazos alzados parecía llamar a sí a los que por allí transitaban. Me detuve a contemplarlo, y entonces me di cuenta de que, bajo los pies, muy próximos al suelo, se abría una puertecita estrecha, según me pareció, la única entrada de aquella singularísima iglesia. Me aproximé a aquella abertura, pero era tan baja que hube de agachar la cabeza y doblar el espinazo para poder entrar.

Me hallé entonces en un atrio espacioso, de forma rectangular, que lucía un pavimento de mármol negro y estaba alumbrado con luminarias de siete llamas cada una y que pendían del techo.

Aquel atrio estaba desierto, no tenía altares ni imágenes, pero las paredes estaban ocupadas a breves trechos por confesionarios piramidales, cerrados y oscuros como sepulcros. Observando mejor vi en el fondo, frente a mí, los primeros escalones de dos escaleras en descenso, las que debían conducir a una iglesia subterránea. Bajé por la escalera derecha y me hallé, efectivamente, en una gran basílica de tres naves, que recibía luz de una doble fila de ventanales redondos abiertos hacia el claro cielo. Las paredes estaban cubiertas por mosaicos estilo bizantino, en los que predominaban el azul y el oro. Las columnas, majestuosas y sólidas, eran de mármol rosado veteado por filamentos color negro. En el fondo de la nave central, pero algo distante del altar mayor en el que brillaban centenares de velas encendidas, se alzaba un púlpito de madera blanca, muy simple y casi pobre, poco elevado sobre el suelo. La nave estaba llena de gente que se mantenía de pie: mujeres con la mantilla, viejos calvos o canosos, jóvenes trigueños vestidos de color claro, algunos indios que a cada momento bostezaban dejando ver las hileras de sus blanquísimos dientes. Todos parecían esperar a alguien o algo, y también yo me dispuse a esperar con ellos, y me apoyé en una columna.

De pronto se oyó el tintineo argentino de una campanilla y vi subir al púlpito a un sacerdote de estatura elevada, con la cabeza cubierta por un velo de color negro con pespuntos, velo que descendía sobre su rostro llegando casi hasta la boca.

Rezó algunas oraciones en latín, y luego comenzó su sermón hablando con voz sonora en muy buen castellano

- Hermanos y hermanas. Vimos en los días precedentes cuál es la forma y gravedad de los siete pecados capitales o pecados mortales. Hoy deseo deciros una verdad que nadie ha dicho hasta ahora al pueblo cristiano. Quiero anunciar, en esta iglesia consagrada a Nuestra Señora de la Humildad, que en realidad de verdad esos siete pecados se reducen a uno solo: el pecado de la soberbia.

»Considerad, por ejemplo, los modos y motivos de la ira. Este horrible pecado no es más que un efecto y un escape de la soberbia. El hombre soberbio no tolera ser contrariado, se siente

ofendido por cualquier contraste y hasta por la más justa reprensión; el hombre soberbio siempre quiere vencer y superar a quien considera inferior, y por esto se ve arrastrado a las injurias, a la cólera y la rabia.

»Pensad en otro pecado igualmente odioso y maldito: la envidia. El soberbio no puede concebir que otro hombre tenga cualidades o fortunas de las que él carece; no puede soportar, a causa de su ilusión de que está sobre todos, que otros estén en sitios más elevados que el suyo, que sean más alabados y honrados, que sean más poderosos y ricos. Por lo tanto la envidia no es más que una consecuencia y manifestación de la soberbia.

»También se manifiesta claramente la soberbia en el repugnante pecado de la lujuria. El lujurioso es el que quiere someter a su capricho y a su placer al mayor número posible de mujeres dóciles y complacientes. La mujer lujuriosa es la que quiere someter a su carne y a su vanidad al mayor número de hombres robados al derecho o al deseo de otras mujeres. El frenesí de la posesión carnal se funda en la ilusión de una dominación recíproca, o sea, en la *libido dominandi* que es, a su vez, el verdadero fundamento de la soberbia. Poseer quiere decir ser dueño, o sea, superior; ser amado significa ser preferido a los demás, es decir: ser considerado y adorado como criatura privilegiada. Y todo esto no es otra cosa que manifestación y satisfacción de ciega soberbia.

»Ya es más difícil reconocer a la soberbia en el innoble pecado de la gula. Mas, como de costumbre, también en esto viene en nuestra ayuda la Sagrada Biblia. Cuando la serpiente, símbolo de la soberbia, quiso tentar a Eva, ¿a qué medio recurrió además de mentirosas promesas? Presentó a la mujer una fruta deseable a la vista y dulce para comer. Recordad también que en la última Cena Nuestro Señor ofreció pan mojado, es decir, el bocado preferido, al traidor, y esto después de haber dicho que Satanás, o sea, la soberbia, había entrado en Judas. Por lo tanto, los que ponen sus delicias en llenar el vientre más allá de lo que se precisa para saciar el hambre, están emparentados con los soberbios; en tan bestial proeza o manía buscan una prueba de su riqueza, de su capacidad o valer, de su arte de engullir y saborear, resumiendo, de su superioridad.

»También la avaricia, hermanos míos, o la voracidad por el dinero y demás bienes terrenos, se halla estrechamente relacionada con el pecado de la soberbia. El hombre avaro desea hacer todo suyo y no ceder a los hermanos ni siquiera una parte mínima de su tesoro. Su sueño supremo consiste en llegar a ser el más rico de todos en medio de una turba de pobres, pues sabe que en nuestro mundo idiota y perverso el rico es respetado, es adulado, honrado, implorado y servido como un monarca. Para el avaro la riqueza es antes que nada un medio para saciar su avidez de dominio, su torpe vanidad, su loca soberbia.

»Ahora no nos queda más que volver nuestra consideración hacia la vergonzosa pereza. Como bien lo pensáis, el perezoso es el ser humano que anhela o pretende vivir a costa del trabajo de los demás, como si tuviera un derecho natural al tributo de seres que le son inferiores, como si el trabajo fuera algo indigno de su orgullosa superioridad; perezoso es el que nada hace y nada emprende para mejorarse a sí mismo, para mejorar su alma y su condición, y en esto fácil es descubrir la implícita persuasión de que ya es perfecto, de que es mejor que quienes están a su alrededor, pero en esa su loca certeza notáis fácilmente la diabólica afirmación de la omnipresente soberbia.

»Espero haber demostrado, aunque haya hablado brevemente, la verdad de mi aserto: hay un solo pecado en séxtuple forma, el homicida y deicida pecado de la soberbia.

»De todo lo que se ha dicho podemos deducir una pavorosa conclusión. Los cristianos son llamados a la imitación de Cristo, quien fue, antes que nada, portaestandarte sublime de la humildad: siendo Dios quiso humillarse hasta el punto de encarnarse en figura de hombre en la tierra. Pero los cristianos, la mayor parte de ellos, son pecadores, y en cuanto tales se cubren con

las diversas vestiduras y hábitos de la soberbia, que fue la culpa máxima de Lucifer. Por lo tanto, dejan de lado la imitación de Cristo para imitar a Satanás. Nosotros, todos nosotros, ostentando el nombre de cristianos somos imitadores del Demonio.

Diciendo esto el predicador apartó el velo que cubría su rostro y pude entrever dos mejillas pálidas, surcadas por gruesas lágrimas. Luego se arrodilló en el piso del púlpito y continuó diciendo

- En el caso de que yo, al exponeros esta doctrina creída por mí verdadera y nueva, haya caído como sucede a todos en el horrible pecado de la soberbia, aquí postrado pido perdón a Cristo, mi Señor y Maestro, y también a vosotros, hermanos y hermanas, que con tanta y tan humilde paciencia me habéis escuchado.

Las palabras del extraño sacerdote fueron interrumpidas por un acceso de sollozos; también se alzaron sollozos, lamentos y suspiros entre los oyentes.

Yo me separé de la columna, crucé el pavimento negro del atrio, me curvé bajo el marco de la puertecita abierta bajo los pies de Cristo y me vi en la plaza verde y desierta. Respiré más libremente, pero confieso que me sentía extraordinariamente contento y satisfecho por haber oído aquella predicación.